



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



Vet. Span. III B.101

12
OTRO DIABLO PREDICADOR,

ó

el Liberal por fuerza.

INTERMEDIO DRAMÁTICO

COMPUESTO

POR D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

para representarse en el teatro de la Cruz el día 16
de Noviembre de 1835, con el plausible motivo de la
apertura de las Cortes del Reino.

**COLECCIÓN TEATRAL
ARTURO SEDÓ**

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

PERSONAS.

DON SILVESTRE.

DON PASCUAL.

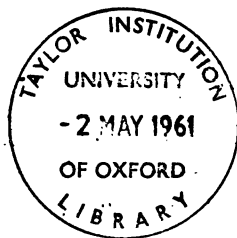
CLARITA.

DON MARCELO.

ISABEL.

GUARDIAS NACIONALES.

Sala en casa de Don Patricio.



Otro Diablo Predicador.

ESCENA I.

CLARITA. ISABEL.

Aparecen sentadas cosiendo camisas de munición.

De veras que siento no dar un paseo por la carrera. Estará tan brillante, tan concurrida... y toda la tropa formada, y los batallones de la Guardia Nacional...

ISABEL.

Yo tambien tendria mucho placer en participar del público regocijo; en ver victoreada y bendecida por un pueblo que la adora á nuestra inocente Reina, y á su augusta madre la magnánima Cristina, por quien España ha recobrado su libertad. Y mucho me holgaría de presenciar la apertura de las Cortes; acto tan solemne y lisonjero como universalmente deseado; acto que anuncia otro mas grato, mas feliz y mas grandioso. Pero la tarea en que estamos empeñadas nos priva de este gusto. Hoy hemos de concluir estas camisas que son las últimas de las doce que nos dieron á coser la semana pasada. Vendrán luego por ellas y á traernos otras; y ya que nos hemos brindado á hacer este corto servicio á la Patria, debemos fun-

[2]

dar nuestro orgullo en coser mucho , bien , y pronto.

CLARITA.

Yo me consumo, porque quisiera volar; pero es tan áspero y tan crudo este lienzo...

ISABEL.

Ya lo ablandará con su noble sudor el soldado de la Patria; y con él puede mostrarse mas ufano en el campo del honor que en sus palacios muchos egoistas cuya nulidad hace mas patente el lujo con que insultan á la pública miseria.

CLARITA.

Tienes razon. Hay hombres que valen menos que su camisa. —; Huy! *Se chupa el dedo.*

ISABEL.

¿Te has pinchado?

CLARITA.

Sí. ; Por vida...! Con este van diez.

ISABEL.

Pon cuidado. Estarás pensando en tu Marcelo...

CLARITA.

Verdad es; pero la Patria no llevará á mal que ame yo á uno de sus mas decididos defensores.

ISABEL.

¿Te has hecho mucha sangre?

CLARITA.

Casi nada. La manga se ha manchado un poquito... ; Ay, plegue á Dios que otra sangre no la tiña!

ISABEL.

¿Qué presentimientos! No. De hoy mas la victoria es segura. La faccion liberticida ya no osará combatir contra toda una nacion armada; y si es forzoso que todavia se inmolen en las aras del patriotismo algunos de sus hijos, no sin vengan-

[3]

za fecundará su sangre el árbol de la libertad.

Una banda militar toca dentro el himno de Riego.

CLARITA.

¡Oyes? Pasa tropa. ¡Cuánto me halaga esa música marcial!

ISABEL.

¡El himno de Riego!

CLARITA.

Algun batallón que vá á situarse en la carrera.

ISABEL.

Acaso el batallón en que sirve mi Patricio.

CLARITA.

Y mi Marcelo.

ISABEL.

Asomémonos al balcón.

CLARITA.

Sí, sí, vamos. *Se asoman.*

ISABEL.

¡No lo dije? El segundo de Guardias Nacionales.

CLARITA.

¡Isabel! Da gozo el verlos. ¡Qué aire tan bizarro, tan imponente! Parecén veteranos.

ISABEL.

Ahora desfila la compañía de granaderos.

CLARITA.

Allí va tu esposo. ¿Lo ves?

ISABEL.

Va tan embebido que aun no ha levantado los ojos hácia el balcón. — Una mirada siquiera, mi sargento, si no se ofende la disciplina. — ¡Gracias á Dios! *Saludan con los pañuelos.*

CLARITA.

Pero Marcelo... ¿Qué se ha hecho Marcelo? Ya debía haber pasado.

[4]

ISABEL.

¡Ah! No le echés de menos, Clarita. Se me había olvidado decírtelo. Hoy anda muy ocupado, y no asiste á la formacion. No sé qué asuntos lleva entre manos...

CLARITA.

Otros amores tal vez... ¡Qué ingrato será si me deja por otra!

ISABEL.

Tus temores no son infundados, querida hermana. Hay otro caro objeto que te disputa su corazón.

CLARITA.

¡Triste de mí! ¿Qué me dices, Isabel?

ISABEL.

Pero yo espero que no tendrás celos de tu rival.

CLARITA.

¿Quién es? ¿La conoces tú? Nómbrame á esa seductora, á esa...

ISABEL.

Es la Patria.

CLARITA.

¡Pues! ¿Qué cosas tienes! Ya estaba yo azorada...—¿Volvemos á la costura?

ISABEL.

Dejemos que acabe de desfilár el batallón.

ESCENA II.

ISABEL. CLARITA. DON SILVESTRE.

DON SILVESTRE.

No las veo. — Están en el balcón. — La co-

yuntura es excelente para declararme. Don Patri-
cio no volverá tan pronto. Están solas... Ellas son
liberales á machamartillo, y cuando sepan que yo
soy un carlista de siete suelas... Pero sabrán al
mismo tiempo que poseo cuantiosos bienes y ade-
mas un destínillo de mala muerte con 300 rea-
les de sueldo... y manos pueras, merced á los
tontos que no me lo han quitado todavía. La se-
guridad que tengo de que hoy se va á hundir pa-
ra siempre el trono constitucional me anima y me
conforta. Sí: las medidas están bien tomadas. El
triunfo es infalible, y antes de media hora será
proclamado en Madrid Carlos V. *Ahora se retiran del
balcón las señoras. Señoras, á los pies...*

CLARITA.

¡Ah! *Con un grito agudo.*

DON SILVESTRE.

¿Qué le ha dado á usted, señorita?

CLARITA.

Nada. Perdóne usted... créa... Como estaba des-
prevenida, créa ver en usted una vision... ¿qué sé
yo? Un alma en pena.

DON SILVESTRE.

Y créa usted bien, hermosa Clarita, que mi
alma está penando días ha en esos bellos ojos.

CLARITA.

¡Eh! No sea usted lisonjero.

ISABEL.

Sentémonos y concluyamos nuestra labor. Us-
ted nos dispensará, señor don Silvestre... *Se sientan.*

DON SILVESTRE.

Con mil amores, amable vecina. *Se sienta.*

ISABEL.

¿Cómo es que usted no va á las Cortes ni á la
carrera...

[6]

DON SILVESTRE.

¡Eh! Yo no soy aficionado... La gota me molesta... y para lo que eso ha de durar...

CLARITA.

¿Qué dice usted?

DON SILVESTRE.

¡Pobres mugeres! Ustedes no saben de la misa la media.

ISABEL.

¿Pero qué misa es esa?

DON SILVESTRE.

Nada. ¡Ya verán ustedes la que se arma! ¡Pero no hay cuidado! Aquí estoy yo.

ISABEL.

Clara, ¿qué hombre es este? *Aparte las dos.*

CLARITA.

Un carlista furioso, por lo visto.

ISABEL.

¡Y el hipócrita la echaba de patriota!

DON SILVESTRE.

¿Qué es lo que están ustedes cosiendo?

CLARITA.

Camisas para los nuevos defensores de Isabel y de la libertad.

DON SILVESTRE.

¿Para esos judíos?

ISABEL.

¡Mire usted cómo habla!

DON SILVESTRE.

¡Desventuradas! Ustedes se pierden miserablemente. Escondan ustedes eso; rasguen; arrojen... ¡Pobres señoras!

ISABEL.

Don Silvestre, ¿se está usted mofando de nosotras? Mire usted que esas chanzas no me gustan.

[7]

DON SILVESTRE.

¡Chanzas! Dentro de un cuarto de hora verán ustedes si son chanzas. Por los clavos de Cristo denjen ustedes esas camisas... Pero no: sigan ustedes cosiendo. Servirán para los soldados de la fé, y yo le diré á S. M....

CLARITA.

¡Para los viles satélites de la tiranía? ¡Jamás! Los dedos me cortaría primero.

ISABEL.

No hagas caso de ese hombre, que sin duda está loco.

CLARITA.

Como ve que estamos solas, se atreve á hablar de esa manera.

ISABEL.

Estos son los campeones de un tirano usurpador.

DON SILVESTRE.

Chist... ¡Qué blasfemia!

CLARITA.

Los cobardes partidarios del carliquintismo.

DON SILVESTRE.

Hum... ¡qué heregía! Callen ustedes, callen ustedes por la Virgen... ó yo mismo no las podré salvar. ¡No saben ustedes lo que hay? Córdoba ha sido derrotado.

CLARITA.

Embuste.

DON SILVESTRE.

Casi todo el ejército cristino se ha pasado á las banderas de la restauración.

ISABEL.

¡Calumnia!

[8]

DON SILVESTRE.

El ruso ha declarado la guerra al gobierno liberal.

CLARITA.

¡ Patraña !

DON SILVESTRE.

Y el prusiano , y el austriaco , y el piamontés , y el napolitano , y el lombardo , y la puerta Otomana.

ISABEL.

¡ Delirio !

DON SILVESTRE.

Y hasta el Papa envia soldados...

CLARITA.

¡ Del Papa !

DON SILVESTRE.

No lo tomen ustedes á risa. ¡ Funesta ceguedad ! Miren ustedes que yo estoy en todos los secretos. Y aunque no contásemos con tantos ejércitos auxiliares , aquí mismo , en Madrid y á sus inmediaciones , hay sobradas fuerzas para dar al traste con la libertad y sus parciales. Orejita está ya entre Pinto y Valdemoro.

CLARITA.

Quiere usted decir que está borracho: ¿ eh ? No lo extraño.

DON SILVESTRE.

¡ No , criatura ! Que viene andando á Madrid con seis mil hombres y llegará esta tarde. Y Merino dormirá en Torrejon con cinco mil infantes y ochocientos caballos.

ISABEL.

Hombre , no diga usted desatinos.

DON SILVESTRE.

Y Quilez y el Serrador llegarán muy pronto con sus divisiones...



[9]

CLARITA.

¿Vienen embarcadas?

ISABEL.

No: en globos aereostáticos.

DON SILVESTRE.

¡San Servilio bendito! ¡Tocad en el corazon á estas pecadoras contumaces! ¿Con que no me creen ustedes?

ISABEL.

Sería menester que fuésemos tan estúpidas como los esclavos del príncipe rebelde...

DON SILVESTRE.

¡Príncipe rebelde! ¡Oh temeridad! Si se contentasen ustedes siquiera con llamarle *mal aconsejado príncipe*... ¡Pero rebelde ya!

ISABEL.

¡Y traidor!

DON SILVESTRE.

¡Cielos!

CLARITA.

¡Y foragido!

DON SILVESTRE.

¡*Verbum caro!* Créanme ustedes: se lo vuelvo á suplicar. Esto va á dar un estallido.

CLARITA.

No tenemos tan buenas tragaderas como usted.

DON SILVESTRE.

Será fuerza decirlo todo. Dentro de Madrid tenemos muchos millares de Carlistas armados que dentro de pocos momentos darán el grito de venganza.

ISABEL.

¿Usted los ha visto?

DON SILVESTRE.

No con estos ojos, pero con los ojos de la fé,

que es lo mismo. Hace algunos dias que no asisto á la junta apostólica porque la gota me lo impide, pero uno de sus miembros me ha referido lo que acaban ustedes de oir, por señas de tres mil duros que he dado para pagar á los que van á dar el grito... ¿Quieren ustedes mas? La seña es: *Inquisicion y Carlos V.*

CLARITA.

¡Ay! ¿Si será cierto? *Aparte con Isabel.*

ISABEL.

¡Eh! No seas boba.

DON SILVESTRE.

Y la contraseña: *Muera la nacion.*

ISABEL.

Basta, don Silvestre. Ya abusa usted demasiado de nuestra paciencia. ¿Dará usted lugar á que me asome al balcon y le denuncie á la justa indignacion del pueblo?

DON SILVESTRE.

Hágalo usted, yo se lo permito. Asi brillará mas mi acrisolado carlismo. ¿Hablaria yo con esta franqueza sino estuviera cierto de la victoria? El plan está soberbiamente combinado, y su buen éxito es indudable. Oirán ustedes dentro de poco los gritos, los cañonazos...

CLARITA.

Isabel, yo tiemblo... aqui solas... *Aparte las dos.*
Este hombre... ¡Dios mio!

ISABEL.

Bien pudiera ser...

DON SILVESTRE.

Ustedes, como tan marcadas de liberales, corren peligro de ser las primeras víctimas; pero yo las acogeré bajo mi proteccion si Clarita consiente en ser mi esposa...

[11]

CLARITA.

Yo... (Le detesto, y no me atrevo á decirle que antes me casaría con un... ¡Dios me perdone!)

DON SILVESTRE.

Soy rico, soy hombre de grande influjo y lo seré mas. La ventura de esta familia, ó su perdición, está en mi mano.

ISABEL.

Señor don Silvestre... (¡Le sacaría los ojos tan de buena gana...!)

DON SILVESTRE.

Bien. Ya veo que ustedes conocen sus verdaderos intereses, y hacen justicia al hombre generoso que se digna...

CLARITA.

No... yo le diré á usted... nosotras... (¡Ah! ¿dónde estás, Marcelo?)

ISABEL.

Perdone usted... todavía... (¡Dónde estás, Patricio, que no vienes á nuestro socorro?)

DON SILVESTRE.

No digo yo que nos casemos hoy. Luego que esto se tranquilice y vuelvan las cosas al ser y estado... ¡Pues!

ISABEL.

¿Has acabado? Dame: *Tomando las camisas.* las voy á juntar con las otras, y á empaquetarlas para cuando vengan por ellas...

CLARITA.

¡Qué! *Al oído.* ¿Me dejas sola con ese antropófago?

ISABEL.

Deja, que llamaré á algun vecino... Pronto vuelvo, — Soy con usted, señor don Silvestre.

ESCENA III.

DON SILVESTRE. CLARITA.

DON SILVESTRE.

¡Clarita mía!

CLARITA.

(¡Ay! Yo no soy suya, ni quiero serlo.)

DON SILVESTRE.

La presencia de tu hermana...

CLARITA.

(¡Me tutea el zafio; y yo lo sufro!)

DON SILVESTRE.

Te ha impedido pronunciar el dulce sí que yo anhelo y el corazón te inspira: ¿verdad? Doña Isabel es incorregible. Ya se ve; muger de un Guardia Nacional... Pero tú, palomita sin hiel, alma inocente y cándida, *Stella matutina*, *janua cali*...

CLARITA.

(*Gra pro nobis.* ¡Pues no me reza la letanía!)

DON SILVESTRE.

Esa sonrisa celestial, y ese pundoroso silencio me dicen que soy feliz... Toma... ¿te gustan los caramelos? *Le da un puñado, que ella guarda en el bolso.*

CLARITA.

(¡Ay! ¿Si estarán envenenados?) Gracias... ahora no tengo gana; después, (los tiraré á la calle.)

DON SILVESTRE.

Pero yo quisiera oír de tus labios de rosa... Anímate... No me ocultés los sentimientos de tu tierno corazón.

CLARITA.

(A poco que me apure le digo la verdad.)
Déjeme usted, don Silvestre. ¿Para qué quiere
usted que yo diga cosas que...

DON SILVESTRE.

Vaya, ¿me amas?

CLARITA.

¡Jesús! ¿No es fuerte empeño?

DON SILVESTRE.

Me has de responder, ¡sea! Yo necesito que
me respondas. ¿Me amas?

CLARITA.

No señor. *Atiéndose.*

DON SILVESTRE.

¿Y te ries? Bien. Está entendido. El sí y el
no en muchachas de diez y seis años significa lo
contrario de lo que suena; y cuando tú dices no
quieres decir...

CLARITA.

Quiero decir no.

DON SILVESTRE.

¡Nada! Primero muertas que decir la verdad;—
Vamos, no seas desdeniosa, ni me mires con ese
ceño, que te pones fea.

CLARITA.

(¡Ojalá!)

DON SILVESTRE.

¿No merezco ya reinar en ese corazón, tórtola
mia?

CLARITA.

(¡Qué viejo tan mosca! Cuanto mas dulce se
pone mas odioso me parece.) Señor don Silves-
tre, ya que usted escije que le hable con franque-
za, le digo que en mi corazón no hay posada pa-
ra usted.

[14]

DON SILVESTRE.

¿Y por qué, taimadilla de mis ojos?

CLARITA.

Porque la habitacion es estrecha y ya está ocupada por otro huésped.

DON SILVESTRE.

¡Cruel, ingrata...! Negra al fin... ¡Pero qué digo? ¡Tú quieres inflamar mas y mas mi cautivo pecho con aparentes desvíos...; tú quieres ver cómo se entrega á los delirios de la adolescencia fogosa una retrógrada senectud ¡Aaaay...! ¡mona, mona, mona! ¡Tú quieres ver á tus pies un sueldo de treinta mil reales...!

Se echa á los pies de Clarita y la toma la mano. Clarita chilló.

CLARITA.

¡Ah! Quite usted.

DON SILVESTRE.

¡No!

CLARITA.

Alce usted...

DON SILVESTRE.

¡No!

CLARITA.

Suelte usted.

DON SILVESTRE.

¡Noooo... no!

ESCENA IV.

CLARITA. DON SILVESTRE. ISABEL.

ISABEL.

(Ni un hombre en toda la casa...) ¡Qué veo!
¡Qué descaro, qué atrevimiento es ese!

[45]

CLARITA.

¡Librame de ese sátiro feroz!

ISABEL.

¡Insolente! ¡Aparte usted...

DON SILVESTRE.

No hay que gritar; *Levantándose.* no hay que sobresaltarse. Estos son raptos... desahogos...

ISABEL.

Yo no sufro esas demasías. ¡Váyase de aquí el indecente...

DON SILVESTRE.

¡Señora...

CLARITA.

El idiota...

DON SILVESTRE.

¡Señorita...

ISABEL.

El bárbaro...

DON SILVESTRE.

¡Señora...

CLARITA.

¡El pancista... el cafre!

DON SILVESTRE.

¡Señorita! ¿Saben ustedes á quién ultrajan?

¿Saben ustedes que con una palabra...

ISABEL.

¡Eh! Nada temo.

DON SILVESTRE.

¡La tremenda hora se acerca, infelices! ¡Y verán ustedes quién es don Silvestre! Mi furor, mi resentimiento... ¡Un carlista no perdona jamas!

CLARITA.

¿Qué importa? Aunque débiles mugeres, sabremos morir antes que infamar nuestro nombre.

[46]

ISABEL.

Antes que transigir con los enemigos de la Patria.

Se oyen voces á lo lejos y ruido como de correr gente y cerrar puertas.

DON SILVESTRE.

¡ Oyen ustedes? ¡ Ya se ha dado la señal... !

CLARITA.

¡ Dios mio ! ¡ Mi Marcelo ! *Asustada.*

ISABEL.

¡ Mi marido ! *Lo mismo.*

DON SILVESTRE.

¡ Yo venzo !

ISABEL.

¡ Cierra pronto ese balcón ! *Lo cierra Clarita.*

CLARITA.

¡ Qué será de nosotras ?

ISABEL.

¡ Favor !

DON SILVESTRE.

¡ Oh. regocijo !

CLARITA.

Miseri... ¡ Ay ! *Suenan cañonazos.*

DON SILVESTRE.

¡ Los cañonazos ! ¡ Esto es hecho ! ¡ Victoria !
Ahora daré yo la cara... Volveré, volveré con un
batallón á conquistarte, descreída hermosura.

ISABEL.

¡ Piedad !

DON SILVESTRE.

¡ Viva Carlos quin... Huy !

Al salir tropieza con Marcelo, que le agarra del cuello y le vuelve á la escena.



[17]

ESCENA V.

CLARITA. ISABEL. DON SILVESTRE. DON MARCELO.

DON MARCELO.

¡Alto ahí, perrro bribon! ¿Qué hacía usted aquí?

DON SILVESTRE.

A usted no le importa. Déjeme salir.

DON MARCELO.

¿Cómo que no me importa? ¿No le he oído yo á usted gritar viva Carlos V?

DON SILVESTRE.

Eso no es ecsacto. Yo no he pronunciado la última sílaba. Usted me la ha interceptado echándome mano al cuello. (Procuremos calmarle, que si ahora me degüella, de poco me sirve que triunfe mi amo.)

DON MARCELO.

¿Qué teneis vosotras, que estais tan asustadas?
¿Qué os ha hecho ese... tártaro?

ISABEL.

Por Dios, no le insultes. Ya sabemos todo lo que pasa... *En voz baja.*

CLARITA.

La lucha que se ha empeñado...

ISABEL.

Los gritos...

CLARITA.

Los cañonazos...

DON MARCELO.

¿Qué estais diciendo? ¿Habeis perdido el juicio? Sin duda os ha acobardado ese faccioso con patrañas de las que ellos usan...

CLARITA.

Pues qué, ¿no acaba de estallar una gran conspiracion?

DON MARCELO.

¿Qué conspiracion, ni qué calabaza? Nunca ha habido mas tranquilidad ni mas alegría.

ISABEL.

Pues si nosotras hemos oido ahora mismo voces, carreras, cerrar puertas...

DON MARCELO.

¡Ah! Eso ha sido que un borracho ha dado un grito subversivo: varios patriotas y guardias nacionales han corrido tras de él, y algunos vecinos pusilánimes han cerrado sus puertas creyendo que era otra cosa. El borracho ya está en la cárcel, y asunto concluido. Yo vengo de atravesar todo Madrid, y no he oido ni visto cosa que huele á conspiracion ni á combate, sino mucho alborozo, mucha concordia, y muchos vivas á Isabel, á Cristina y á la libertad.

CLARITA.

¡Ah! Nos vuelves el alma al cuerpo. Pero... esos cañonazos...

DON MARCELO.

¡Tontas! ¡Lo que puede el miedo! ¡Si es la salva en celebridad del día! Los cañonazos de ordenanza para saludar á SS. MM.

ISABEL.

¡Calla... pues... si... eso es!

CLARITA.

¡Calla... pues es verdad!

DON SILVESTRE.

(¡Calla... pues tiene razon!)

ISABEL.

Y yo no pensaba...

CLARITA.

Y yo no habia caído...

DON SILVESTRE.

(Y yo, ¡Silvestre de mí! ¡no habia dado en ello!)

ISABEL.

¡Ah! No le perdono á usted el susto que nos ha dado.

CLARITA.

Aquí nos ha llenado la cabeza de cuentos, diciéndonos no sé qué de Merino y de Quilez...

DON MARCELO.

¡Inicuo!

ISABEL.

Y de ejércitos rusos, y otomanos, y pontificios...

DON MARCELO.

¡Canalla!

DON SILVESTRE.

¡Qué! Si todo ha sido broma... (No doy un real por mi pellejo.)

CLARITA.

Y que estaba Orejita á las puertas de Madrid...

DON MARCELO. *Sacando el sable.*

A propósito de Orejita, ¿cuánto me dais por las orejas de ese murciélago?

DON SILVESTRE.

¡No, por San Pedro! ¡No, por San Pablo!
¡No, por toda la corte celestial...! ¡Si digo que todo ha sido una chanza! ¡Si yo soy liberal...
¡Viva Riego!

DON MARCELO.

¡Mal Judas! Eso no te ha de valer. Hoy dormirás en la cárcel, y pronto las pagarás todas juntas.

CLARITA.

No. Dejarle: se conoce que es un babioca. Aquí le teníamos todos por un patriota, porque tal se nos fingia...

ISABEL.

Y como nadie le conocia, porque vino hace poco de Toledo...

CLARITA.

Pues, y hoy lleno de orgullo con las noticias que le han dado los apostólicos...

DON SILVESTRE.

(¡Ay! tres mil duros me ha costado.)

ISABEL.

¡Ah! No te hemos dicho lo mejor.

DON SILVESTRE.

(¡Ahora es ella!)

ISABEL.

¿Querrás creer que ha tenido valor de solicitar la mano de Clarita?

DON MARCELO.

¿De mi novia? ¡Por vida de...! Ya no hay piedad. Vas á morir, infame. Reza el Credo.

DON SILVESTRE. *De rodillas.*

¡Perdon, señor Voluntario rea... digo, señor Nacional...! Ha sido un *lapsus linguæ*... una...
¡Por Dios! No sé lo que me digo.

DON MARCELO.

Prepárate... Llegó tu hora.

DON SILVESTRE.

¡Granadero! ¡No pierda usted un alma! ¡Mire usted que estoy en pecado mortal!

CLARITA.

Déjale que se vaya con mil santos, y nunca le volvamos á ver.

[21]

DON SILVESTRE.

¡ Oh , angel de mi guarda !

ISABEL.

Perdonémosle. Hoy es día de gracias. Él se arrepentirá...

DON SILVESTRE.

Sí señoras. Me pesa de todo corazon de haberos ofendido. *Dándose en el pecho.* ¡ Por mi culpa, por mi culpa, y por mi mácsima culpa !

DON MARCELO.

Vaya , levántese el menguado.

DON SILVESTRE.

(¡ Ah , de buena me escapo !) Gracias... *Se levanta.* (Con gota y todo correré como un gamo.)

DON MARCELO.

¿ Qué es eso ? De aquí no se va usted sin recibir algun castigo.

DON SILVESTRE.

(¡ Ay Dios mio ! ¿ Qué penitencia me preparará este hombre ? Lo menos que hace es mutilarme.)

DON MARCELO.

Ya que usted dice que es liberal , justo es que contribuya á la justa causa.

DON SILVESTRE.

¡ Si ya contribuyo , pecador de mí ! Leá usted la Gaceta del miércoles. Allí está mi donativo. El uno y medio por ciento de mi sueldo líquido.

DON MARCELO.

¡ Gran sacrificio !

DON SILVESTRE.

(Es que á don Carlos le doy el veinte. ¡ Estas gentes no se hacen el cargo de la razon !)

DON MARCELO.

Pues señor , el esposo de Isabelita va á venir

[22]

con otros quince ó veinte nacionales. A usted le tienen por liberal decidido, y es necesario que les haga usted una alocucion muy elocuente, muy patriótica, muy ecsaltada...

DON SILVESTRE.

¡Por Dios! Si yo no tengo genio...

DON MARCELO.

No importa.

DON SILVESTRE.

Si yo no soy orador...

DON MARCELO.

Sino, á la cárcel.

DON SILVESTRE.

Pero señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

CLARITA.

Marcelo.

DON SILVESTRE.

Pero señor don Marcelo, si para eso se requiere un entusiasmo que...

DON MARCELO.

Que usted no tiene: ya lo sé.

DON SILVESTRE.

¿Quién ha de tener entusiasmo... teniendo miedo? Hay cosas que son incompatibles. Y mis ideas...

DON MARCELO.

Ya sé que son muy contrarias; pero como se trata de darle á usted un castigo, me parece que no podemos elegir otro mejor.

DON SILVESTRE.

(¡ Oh rabia !)

CLARITA.

Justamente yo estaba mala cuando se representó el *Diablo Predicador*...

[23]

DON MARCELO.

Pues bien. Aquí hay otro diablo que predicaré á las mil maravillas.

DON SILVESTRE.

¿No pudiera usted conmutar la pena? (¡Yo sudo bilis!)

DON MARCELO.

Nada oigo. Soy incesorable. Le permito á usted sin embargo que medite un poco su discurso. Entre usted en ese cuarto; y veremos luego cómo se esplica.

DON SILVESTRE.

Pero...

DON MARCELO.

No hay pero que valga. Adentro. *Empujándola.*
La hace entrar y cierra.

ESCENA VI.

CLARITA. ISABEL. DON MARCELO.

ISABEL.

¿Pobre hombre! Casi me da lástima.

DON MARCELO.

¿Lástima? No la tendria él de nosotros si nos cogiese por su banda.

CLARITA.

¿Pero cómo es que no has estado en la formación? Isabel me ha dicho que andabas en unas diligencias... ¿No podré yo saber qué asunto es el que llevas entre manos? ¿De cuándo acá esos misterios conmigo?

DON MARCELO.

¿Misterios? No, hermosa mia. Siento afligirte;

pero ya no te lo debo ocultar. De todos modos lo has de saber por los papeles públicos...

CLARITA.

¡Ah! ¿Qué me anuncias, Marcelo? Yo tiemblo...

DON MARCELO.

No. Yo espero que tu tierno corazón tenga bastante fortaleza...

ISABEL.

Acábaselo de decir. Clara no podrá menos de aprobar tu generosa resolución.

DON MARCELO.

Clara mía, yo te adoro: lo sabes; pero tengo una Patria que merece, que reclama también mi amor. Entusiasta de la libertad, todavía no he consagrado á su triunfo otra cosa que sinceros deseos y servientes votos. Llegó el momento de los verdaderos sacrificios: no poseo bienes de fortuna; pero soy joven, soy libre, y tengo un brazo que ofrecer á la Patria, y cuando tantos jóvenes bizarros corren voluntariamente á las armas contra la odiosa facción que pugna por esclavizarnos, no quiero yo que sus miradas me acusen de tibieza ó de cobardía. Acabo de alistarme. Ya tiene un soldado mas el valiente ejército de Navarra.

CLARITA.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y qué va á ser de mí? ¿Cómo podré vivir ausente de tí? ¿De mi primero, de mi único amor?

DON MARCELO.

¡Clarita! Esas palabras me llenan de aflicción y de embeleso á un mismo tiempo; pero considera que si fuese yo menos patriota sería indigno de que un ángel me amase.

ISABEL.

No llores... Su ausencia será breve. El triunfo de la libertad es ya indudable. El amago solo del formidable armamento que se apresta disolverá, esterminará la rebelde faccion.

CLARITA.

¡Que no llore! Dale tú á una niña de diez y seis años el corazon de un guerrero. Yo aplaudo su patriotismo; ¿y cómo pudiera no aplaudirle? Pero maldigo la execrable faccion que le hace necesario.

DON MARCELO.

Tú lo has dicho. Es necesario que de una vez acabemos con ella.

CLARITA.

Sí; tú eres hombre... y debes combatir... Yo soy muger... y debo llorar.

DON MARCELO.

¡Ah! Esas preciosas lágrimas me harán invencible. ¡Cuántas han de costar á mis enemigos!

CLARITA.

¡Ah! No; ¡que hartas se han vertido ya en esta desgraciada nacion! ¡Luzca pronto el venturoso dia en que cesen para siempre las civiles discordias, y se amen como hermanos los hijos de una misma Patria! — ¿Y será pronto la marcha...

ISABEL.

No. Aun tardará mas de un mes. Ea, enjuga ese llanto...

CLARITA.

Bien, sí: no lloro... Si á mí me fuera permitido tomar un fusil y volar tambien... ¡Ah! ¿Por qué he nacido yo muger?

DON MARCELO.

¡Vida mia!

[26]

ISABEL.

¡Oh! Ya está aquí Patricio.

ESCENA VII.

CLARITA. ISABEL. DON MARCELO. DON PATRICIO. GUARDIAS NACIONALES.

DON PATRICIO.

Entrad, camaradas. Ya que por hoy se ha acabado nuestra patriótica fatiga, descansad en casa de vuestro sargento, y bebámonos media docena de botellas brindando por la libertad, por la feliz instalacion de las Cortes del Reino en su segunda legislatura, precursora de la gloriosa asamblea que ha de constituir sobre bases sólidas á esta noble Nación; por la angélica Isabel, nuestra adorada Reina, cuyos próximos dias principiaremos á celebrar desde hoy; por su augusta Madre, la sin par Cristina, por ese hermoso numen de la libertad española; y por nuestro buen amigo Marcelo, que acaba de alistarse voluntario para combatir por ella.

GUARDIAS NACIONALES.

¡Viva la Reina! ¡Viva la representación nacional! ¡Viva la libertad! ¡Viva Marcelo!

DON PATRICIO.

Ea, vamos al comedor...

DON MARCELO.

Esperad. Antes quiero que oigais á un patriota que va á pronunciar un elocuente discurso...
Abriendo la puerta. Ciudadano Silvestre, salid.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON SILVESTRE.

DON SILVESTRE.
Señores... (¡Cuántos son! ¡Oh !!)

DON PATRICIO.
¡Nuestro buen vecino don Silvestre! ¡Ahí es-
taba usted?

DON SILVESTRE.
Sí señor. (¡Harto lo siento!)

DON MARCELO.
Ea, sentarse todo el mundo. *Se sientan todos. Los
nacionales murmuran entre sí.* ¡Silencio! — No os riais
vosotras. — Tiene usted la palabra.

DON SILVESTRE.
(¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!
¡Qué hombre, qué hombre, qué hombre!)

DON MARCELO.
¡Atencion! — *Al oído.* ¡Y cuidado conmigo!

DON SILVESTRE. *Sobre una silla.*
Benedicid, (¡ay dolor!) oh compatriotas,
este día de júbilo... (¡de llanto!)
que (¡ay rabia!) á las naciones mas remotas,
como la gloria un día de Lepanto,
la mengua llevará de los feotas...
(Perdonad, perdonad, Don Quirlos Canto...
Carlos quinto. ¡Ay! No sé lo que me pesco!)
aunque pese al prusiano y al tudesco...
Cesó en los buenos la fatal discordia...
(yo estoy quemado) y el santuario augusto
tornóse á abrir en plácida concordia.
(Maldita sea mi...) Y el que era arbusto

lema de libertad... (¡misericordia!)
 pomposo, (¡voto á brios!) firme, robusto...
 será de hoy mas impermeable tronco...
 ¡Sí, patriotas! (¡De cólera estoy ronco!)
 Y caerá (¡qué congojas!) la falange
 del Príncipe (la lengua se me traba)
 rebelde; y desde el Ebro al ancho Gange
 maldita (¡ay Dios!) será la turba esclava
 (sudor frio me da) que atroz alfange
 contra (¡no puedo mas!) la ley vibraba.
 ¡Viva ISABEL, (¡me caigo!) pueblo ibero!
 ¡Viva la libertad! (¡Ay!) Vi... (¡Yo muero!)

*Va á caer de bruces: don Marcelo y otros nacionales que estaban
 cerca de él le sostienen.*

DON PATRICIO.

¿Qué es eso? ¿Qué le ha dado? Acudid voso-
 tras... El mismo fervor; el entusiasmo...

ISABEL.

Le ha dado una congoja...

DON SILVESTRE.

¡Ay!

CLARITA.

Ya vuelve en sí.

DON SILVESTRE.

Por caridad llevadme á mi habitacion... al
 cuarto segundo...

DON MARCELO.

Llevalde, muchachos... Amigo, ¡ha estado
 usted feliz!

DON SILVESTRE.

¡Sí? Vaya, me alegro...

DON PATRICIO.

¿Quiere usted tomar algo? ¡Pobre don Sil-
 vestre!

[29]

DON SILVESTRE.

No. ¡Gracias... *Le llevan en volandas entre dos nacionales.*

DON MARCELO.

Déjale. ¡Si reventara...

DON SILVESTRE.

¡Gracias...

DON PATRICIO.

¿Cómo...

DON SILVESTRE.

Si de esta escapo y no muero, no paro hasta la Conca de Tremp.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, menos DON SILVESTRE.

DON PATRICIO.

¡Por qué le hemos de abandonar de ese modo?

CLARITA.

Ya le cuidarán en su casa.

DON MARCELO.

Porque es un carlista furibundo. Aun debe estar muy agradecido.

DON PATRICIO.

¿Pues cómo es que acaba de hablar en tan buen sentido...

DON MARCELO.

Porque yo se lo he dado de penitencia.

DON PATRICIO.

Aun por eso noté yo que su produccion no era la mas espedita, y el soponcio que le ha dado al concluir su arenga...

ISABEL.

¡Bien le hemos hecho cantar la palinodia!

[30]

DON MARCELO.

Vamos, vamos á tomar un refrigerio. Ya os contaré lo que ha ocurrido, y tendreis que reir para un rato...

CLARITA.

A costa del nuevo Diablo Predicador.

Respire al fin la nacion.
Desmayado ese hombre ruin,
anuncia el próximo fin
de la rebelde faccion.
Para ella no hay remision:
ya todo el mundo la odia,
y en ridícula salmodia
la vil canalla maldita,
en lugar de la *Pitita*,
cantaré... la *Palinodia*.

FIN.

60614129

8

-

